

THE DARK RONKAZID

Capítulo 1: El Infierno vivido

Hace mucho tiempo, en un mundo oscuro y sombrío, existía un demonio llamado **Ronkazid**. Gobernaba sobre las sombras y el abismo, pero su destino cambió cuando conoció a **Roxy**, un ángel de luz que cayó en desgracia al enamorarse de él. De esa unión nació **Arkanis**, mitad ángel, mitad demonio.

Arkanis creció en un ambiente tóxico. Su padre lo abusaba física y mentalmente, y su madre, cegada por su amor por Ronkazid, no hacía nada para protegerlo. Pero con el tiempo, el miedo se transformó en cansancio, y el cansancio en determinación.

“No quiero poder,” pensó Arkanis. “Solo quiero dejar esto.”

Un día, decidió marcharse. En su corazón llevaba la esperanza de encontrar dos antiguos amuletos legendarios: el **Amuleto de la Ira**, que multiplicaba la fuerza del portador cuatro veces cuando se canalizaba la emoción pura del portador (comúnmente se le llamaba así porque la Ira era la emoción más fácil de canalizar), y el **Amuleto de la Recuperación**, capaz de sanar cualquier herida (cualquiera). Creía que con ellos podría liberarse de su padre y de su destino.

Capítulo 2: El Camino de las Sombras

Arkanis se adentró en el **Bosque de las Sombras**, donde los árboles susurraban nombres de los caídos. Allí conoció al mago **Eldorin**, un sabio solitario que alguna vez había sido guardián de un templo celestial. Eldorin había perdido su fe después de ver la corrupción del mundo de los hombres, pero en Arkanis vio un reflejo de la esperanza que creía muerta.

“La ira puede darte fuerza, pero también puede encadenarte,” le advirtió Eldorin.
“Tu batalla no será contra tu padre, sino contra ti mismo.”

Con su guía, Arkanis se adentró en lo más profundo del bosque, hasta llegar a las **Ruinas del Templo Irali**, donde el Amuleto de la Ira reposaba custodiado por una criatura ancestral: un espectro formado de pura rabia, conocido como **El Devorador de Almas**. Antes de entrar a este lugar Eldorin le dijo lo siguiente a Arkanis:

“Oh, ahora lo recuerdo... la Leyenda es incorrecta, la gente cree que debe ser Ira pero no es así, la Ira es fácil, pero Caótica responde a tu voluntad sobre ella.”

“Ahora vamos a por él” dijo Eldorin.

El Devorador de Almas absorbía los gritos de quienes buscaban el amuleto y los transformaba en su propio poder.

Eldorin intentó contenerlo con su magia, pero el Devorador rompió el sello del templo y los rodeó con un rugido ensordecedor. Arkanis comprendió que para derrotarlo debía enfrentar su propio enojo: no podía vencerlo con odio, pues eso solo lo fortalecería. Cerró los ojos, recordó su dolor, y lo aceptó. No lo negó ni lo reprimió; lo transformó en propósito.

“No más miedo... ni odio,” murmuró.

Su determinación encendió el amuleto, que respondió no a su rabia, sino a su resolución. La criatura, privada de su alimento, se desvaneció en un lamento eterno. Arkanis cayó de rodillas, exhausto pero victorioso. Antes de marcharse, Eldorin le entregó un fragmento de su báculo roto.

“Si alguna vez dudas, recuerda que incluso lo roto puede tener propósito.”

Luego viajó a las **Montañas Heladas**, donde el viento cortaba el alma. Allí conoció a **Lyra**, una guerrera que había perdido a su familia por culpa de un pacto demoníaco. Arkanis la encontró enfrentándose sola a un gigante de hielo. Juntos sobrevivieron, y mientras sanaban sus heridas, Lyra compartió su historia.

“Luché por venganza y casi pierdo lo poco que quedaba de mí,” le confesó. “El fuego destruye, Arkanis, pero también puede dar calor. Aprende cuándo usarlo.”

Lyra se convirtió en su aliada y amiga, enseñándole a usar su poder con propósito, no por rencor. Gracias a ella, Arkanis comenzó a entender que la verdadera fuerza no provenía de la rabia, sino del control.

En el **Desierto Abrasador**, Arkanis y Lyra enfrentaron tormentas de arena y visiones de su pasado. Allí encontraron una antigua biblioteca subterránea protegida donde encontraron pergaminos que revelaron la ubicación del **Amuleto de la Recuperación**, escondido en una cámara sellada.

Arkanis y Lyra se dirigieron hacia la cámara que estaba custodiada por un temible Golem de piedra pero Arkanis en lugar de luchar, recordó las palabras de Lyra y mostró compasión hacia el gólem, reconociendo su soledad eterna. El guardián se detuvo, inclinó su cabeza, y entregó el amuleto. En ese instante, Lyra comprendió que su propio corazón también sanaba. Decidió quedarse en el desierto, prometiendo proteger el conocimiento que allí habitaba.

“Tu camino sigue adelante,” dijo ella. “El mío está aquí, cuidando lo que queda del pasado.”

Capítulo 3: El Cetro de los Guardianes

Cuando Arkanis partió del Abismo, **Roxy** quedó sola por primera vez en siglos. Las sombras de Ronkazid llenaban cada rincón del lugar, susurrando culpas que no la dejaban dormir. Ella había creído que el amor podía redimirlo todo, pero ahora entendía que había confundido **amor con ceguera**.

Durante noches enteras oró, no al cielo, sino a la chispa de luz que aún ardía en su interior.

“Si alguna parte de mi alma aún pertenece a la luz,” suplicó, “permíteme usarla para proteger a mi hijo.”

Y la luz respondió.

Un **Guardián** descendió desde el firmamento, hecho de fuego blanco y ceniza. Su voz retumbó como el eco de miles de almas caídas.

“Roxy, hija de la luz y prisionera de las sombras. El perdón no se concede, se demuestra. Si de verdad deseas redención, empuña el **Cetro de los Guardianes** y haz de tu fe un arma.”

El Guardián colocó ante ella un bastón dorado, fracturado y sellado con cadenas celestiales.

“Este cetro no brilla por pureza, sino por arrepentimiento. Si lo usas con odio, se romperá. Si lo usas con amor, te consumirá... pero redimirá tu alma.”

Roxy aceptó el cetro. Su cuerpo ardió en fuego blanco; sus alas se tornaron grises, mezcla de luz y sombra. Desde ese día, juró proteger a su hijo y vigilar a Ronkazid, esperando el momento en que ambos se enfrentaran.

“Mi redención no será en palabras,” dijo, “sino en acción.”

Pero antes de la batalla final, Roxy debía pagar un precio. Para acercarse a Ronkazid sin ser destruida, fingió volver a su lado. Durante semanas, simuló sumisión, engañando al demonio con dulzura y obediencia. Le juró fidelidad eterna, ocultando el resplandor del cetro bajo un manto de oscuridad.

Ronkazid, confiado, la recibió de nuevo en su trono de fuego. Jamás imaginó que su amor roto se había transformado en fe y determinación.

“Te amo,” le dijo ella con voz temblorosa, “pero amo más al hijo que me enseñó lo que es la verdad.”

Y cuando Ronkazid abrió sus alas para reclamar su poder, Roxy lo traicionó. El Cetro de los Guardianes se encendió, quebrando las cadenas del trono y liberando una ola de luz que desgarró el abismo. La traición de Roxy marcó el inicio de la guerra final.

Capítulo 4: El Abismo

El cielo se desgarró. El Abismo entero tembló cuando Arkanis regresó al lugar donde había nacido. Las sombras se arremolinaban, y el aire estaba cargado de un poder antiguo. Roxy lo esperaba, sosteniendo el Cetro de los Guardianes, mientras una tormenta de fuego y oscuridad emergía del centro del abismo.

De entre las llamas, **Ronkazid** apareció en toda su magnitud: alas de murciélagos del tamaño de montañas, un cuerpo envuelto en fuego negro y una mirada capaz de quebrar la voluntad. Su risa resonó como el trueno.

“Arkanis, mi error más grande y mi legado más perfecto. ¡Ven y reclama el trono que debiste heredar!”

Pero Arkanis avanzó, con ambos amuletos brillando a sus costados.

“No quiero tu trono. Solo quiero que termine este infierno.”

El choque fue devastador. El suelo se abrió, lanzando columnas de magma. Roxy invocó escudos de luz para protegerlo, mientras Ronkazid lanzaba ráfagas de fuego infernal. Arkanis con un golpe y sin necesitar del amuleto mágico, derribó una de las alas del demonio, pero su cuerpo comenzó a ceder ante la misma rabia que lo alimentaba. Sin embargo Arkanis había sido fuertemente herido por el fuego infernal lanzado por Ronkazid es aquí que Arkanis que ya estaba demasiado debilitado y moribundo no tuvo otra opción que utilizar el Amuleto de la recuperación el cual sanó todas sus heridas. Entonces Ronkazid dijo:

“¡Tu fuerza proviene de mí, hijo! No puedes destruir lo que eres,” rugió Ronkazid.

Roxy, agotada pero firme, alzó su cetro.

“No, Ronkazid. Lo que él es... lo que tú nunca fuiste... es libre.”

Canalizó toda su energía celestial en una lanza de luz. El Cetro de los Guardianes ardió como una estrella, y juntos, madre e hijo atacaron al unísono. Ronkazid resistió, liberando un grito que hizo temblar los cielos. El abismo entero se desmoronaba.

En un último esfuerzo, Arkanis recordó las palabras de Eldorin y Lyra. No más odio, no más miedo. Soltó su rabia, abrazó la compasión, y el fuego de la ira se tornó en luz pura. Activo el amuleto de la ira y golpeó con todas sus fuerzas, no para destruir, sino para liberar.

El impacto fue tan intenso que el mundo se volvió blanco. Ronkazid fue consumido por una llama que no quemaba, sino que purificaba. En su último aliento, el demonio miró a su hijo con una expresión desconocida... paz.

“Quizá... fui yo quien necesitaba ser liberado...”

En ese mismo momento Roxy abrió un portal con su cetro que enviaba a una dimensión desconocida, y este mismo arrastró a Ronkazid hacia el.

El portal en el Abismo se cerró con un rugido final. Roxy cayó de rodillas, su cuerpo disolviéndose en partículas de luz mientras sonreía a su hijo.

“Mi redención... ha terminado.”

Arkanis la abrazó, pero solo sostuvo aire y brillo. Ella desapareció entre sus brazos, dejando el cetro en su lugar. El cielo del Abismo se abrió por primera vez, dejando pasar una luz dorada.

Arkanis se quedó solo frente al abismo sellado. Los amuletos se apagaron, su poder se disipó temporalmente. Tomó el cetro de su madre y lo clavó en el suelo. De él brotó un resplandor que cubrió todo el reino oscuro, limpiando su corrupción.

Eldorin, desde el bosque, sintió la vibración del equilibrio restaurado. Lyra, en el desierto, vio el amanecer por primera vez en años.

La historia de Arkanis, Roxy y el Cetro de los Guardianes se convirtió en leyenda. Un recordatorio eterno de que incluso en las sombras más densas, la luz puede prevalecer... si se tiene el valor de enfrentar el propio infierno.